

viva sucesion de giros violentos y de imágenes atrevidas. En Retórica, como en Arquitectura, el arabesco es su procedimiento favorito.»

«La importancia del versículo, en el estilo de los Semitas, es la mejor prueba de la falta absoluta de construcción interior que caracteriza su frase. El versículo nada tiene de comun con el período griego y el latino, porque no ofrece una sucesion de miembros, dependientes los unos de los otros; es un corte casi arbitrario en una serie de proposiciones separadas por comas; ninguna regla fija determina su longitud; el versículo corresponde al descanso que necesita la respiracion; el sentido nada exige; el autor se detiene, no por el sentimiento natural del discurso, sino por la simple necesidad de detenerse. Que se intente dividir en versículos una oracion de Demóstenes ó de Ciceron, y se comprenderá cómo el versículo corresponde á la esencia de las lenguas semíticas.»

He tomado esta larga cita del ilustre Renan, porque nada mejor ni más á propósito pudiera yo haber dicho de ese estilo con que tanto nos fatigaron, y que se convirtió en una especie de moda, sólo por imitar á Víctor Hugo.

Afortunadamente va echándose ya en olvido, y vuelven nuestros escritores á buscar la gracia y la flexibilidad del estilo de las lenguas modernas.

Roa Bárcena, de quien como de costumbre, me habia yo apartado, tiene entre sus trabajos como escritor pú-

blico, algunos históricos que son dignos de aprecio; porque campea en ellos la más grande imparcialidad, hasta el grado de que en la mayor parte no puede traslucirse el color político de las opiniones del autor.

Escribir la Historia ha presentado siempre grandes dificultades; prescindiendo del inmenso trabajo de investigación y de crítica de los datos que le sirven de base, la imparcialidad para formar el juicio y emitir opinion sobre los acontecimientos, es un escollo contra el que se han estrellado muchas veces los escritores más ilustrados y de más buena fe.

Sin preocupacion de ninguna especie, sin antecedentes de ninguna clase, nos ha pasado á todos, lectores y escritores, experimentar una simpatía ó una antipatía inexplicables por algun pueblo ó por algun hombre de los de la Historia; y así vemos á muchos que son partidarios de los romanos contra los cartagineses, otros que tienen verdadera admiracion por Aníbal, y muchos que sienten el mal éxito de Catilina y aborrecen á Ciceron como si fueran de los conjurados de Roma.

Cuando se escribe la Historia, todo esto impide ver con claridad y juzgar con acierto, sobre todo en la Historia contemporánea.

Buscando la imparcialidad, en China, cuentan el padre Mailla en el prólogo de su traduccion de los *Grandes anales de la China*, y Parenní en sus *Cartas edificantes*, que más de veinte siglos ántes de Jesucristo, desde el tiempo de

Hoang-ti, había un tribunal que se llamaba *de la Historia*, formado de dos clases de escritores con el nombre de *los de la derecha* y *los de la izquierda*; unos recogían y consignaban los hechos, y otros los discursos, subdividiéndose en unos que se ocupaban de los negocios y de los acontecimientos de dentro del palacio, y otros de los de fuera; cada uno escribía secretamente y se guardaban con religioso cuidado todos esos fastos, á los que no se daba publicidad hasta pasados muchos años; generalmente hasta el cambio de una dinastía.

Así parece que los trabajos históricos más antiguos son los chinos, y se conserva memoria de los libros de San-fen, que se dicen perdidos enteramente; de Ou-tien, de los que se conserva algun fragmento y que hacen remontar la Historia propiamente dicha, más de treinta siglos ántes de la Era Cristiana.

Después de los grandes descubrimientos de Champolion, cuando las escrituras geroglífica y cuneiforme han comenzado á comprenderse, y cuando de cincuenta años á esta parte, el espeso velo que cubría al Oriente ha empezado á descorrerse, dejando penetrar la luz en los misterios de ese inmenso territorio que se extiende entre el Nilo y el Indo, las ciencias históricas han tomado un impulso maravilloso; y asombran los descubrimientos que los eruditos han hecho, de acontecimientos ignorados hasta hoy en esos pueblos que se consideran como la cuna de la humanidad y de la civilización: las fábulas van des-

apareciendo á la luz de la ciencia, como las sombras de la noche á la llegada del sol; «y el Egipto, reconquistado por la Historia, toma un lugar entre los pueblos conocidos.»

Hace pocos años, medio siglo, sólo Grecia y Roma preocupaban con su historia á los hombres de ciencia: el mundo antiguo no se veía sino en Grecia ó en Italia; y vagamente se hacia mencion de algo que indicara la grande importancia de los estudios verdaderamente orientales. El *sanscrito* era un idioma del que apénas hacían mencion algunos misioneros que, modelos de amor á la ciencia, no sólo buscando adeptos para la religion que predicaban, sino luz para la humanidad, se entregaban á esos estudios.

En Grecia el primer historiador á quien tal nombre se concedió por los clásicos, fué Herodoto; ántes de él se mencionan á Cadmo de Mileto, Hecateo, Endemo y á otros, de los cuales sólo se conservan algunos fragmentos, pero que no formaban un cuerpo histórico en sus escritos, como hizo Herodoto, á quien por esto llamaron todos «el padre de la Historia.»

A Herodoto siguieron Tucídides y Xenophonte: Tucídides, ilustre como general y como filósofo, y que cobró aficion á las letras, oyendo á Herodoto leer en unos juegos, una parte de su Historia: Xenophonte, famoso, tanto por haber mandado la terrible expedición que se llamó «La retirada de los diez mil,» cuanto por haber

escrito la historia de esa retirada, la de Cyro el Grande, y muchos otros tratados históricos, filosóficos y militares.

A mí, quizá por preocupacion, me encantan estos tres viejos: leyendo á Herodoto parece que se oye á un amigo de confianza que, recostado en un sillón, y con un magnífico puro habano, delante de una taza de café, nos refiere con la mayor sencillez todo lo que vió y aprendió en sus viajes.

Xenophonte, como un padre de familia, aprovecha y aun amolda á su gusto los acontecimientos históricos que refiere para envolver en ellos la vigorosa sávia de la moral que debe nutrir á la sociedad.

Tucidides, es el austero narrador sentado en una cátedra, dando un curso de historia, no á jóvenes estudiantes, sino á hombres de Estado.

Antes de esta trinidad griega no hubo verdaderamente historiadores; ó si los hubo, sus obras se han perdido. Los relatos que de siglos anteriores á ellos se llaman historias, son verdaderamente teológicos, mitológicos, cosmogónicos, poéticos ó heróicos. La creacion del universo y del mundo, el nacimiento y los hechos de los dioses, las vidas de los semidioses que habitaban sobre la tierra en comunicacion directa y continua con la Divinidad, este es el fondo de todas esas obras anteriores á los historiadores griegos, lo mismo en la raza aryanna que en la semítica.

Los romanos tardaron más en despertar, como histo-

riadores, que los griegos: los anales de los Pontífices no merecen el nombre de historia, segun opina Ciceron: Quinto Fabio, Lucio Cincio, y Scipion el hijo del Africano, escribieron las primeras historias en griego segun dicen algunos autores, y verdaderamente los historiadores en Roma no pueden comenzar á enumerarse sino con Julio César, Cornelio Nepote y Salustio.

Tito Livio fué el primero que escribió una historia general, y Tácito vino á poner el sello de su grandeza en el monumento de las letras latinas.

La historia en los tiempos que alcanzamos, ha tomado un carácter más elevado y más noble: no es ya la relacion más ó ménos florida de los acontecimientos que han pasado, ni el inocente pasatiempo del escritor y de los lectores; es el exámen filosófico y crítico de las causas que han producido los grandes acontecimientos, el estudio de las terribles y consecutivas evoluciones que han traído á la humanidad y á los pueblos al estado de civilizacion y de progreso en que se encuentran; es el conjunto de datos ciertos para despejar esas importantes incógnitas que persigue la sociología.

Entre nosotros Roa Bárcena ha comprendido perfectamente el espíritu y la tendencia de la Historia moderna: notable es su obra intitulada: « Recuerdos de la Invasion Norte-americana en México, » y el último capítulo de ese libro merece de parte de los mexicanos una profunda atencion y una meditacion muy detenida.

Dos cualidades hacen notable á Roa Bárcena como escritor: la prudencia y la modestia. La prudencia, esa virtud que los antiguos describian diciendo que es la que pone medio entre los extremos, el *modus in rebus* de que habló Horacio, es una virtud realmente escasa entre nosotros, que por naturaleza somos arrebatados y extremosos en nuestras determinaciones, y muchas veces ligeros en nuestros juicios. Quizá por el valor, ó casi por la temeridad con que las gentes de nuestra raza afrontan cualquier peligro ó acometen cualquiera empresa en la que va de por medio la vida; quizá por la franqueza ó tal vez prodigalidad con que aquí gasta la gente su dinero; quizá también por lo poco que todos cuidamos del porvenir, sin zozobras por el tiempo de la desgracia, entre los mexicanos eso que llaman prudencia, se encuentra con dificultad.

Por eso son tan apreciables aquellos que en los negocios públicos ó privados manifiestan esa cualidad.

Manuel Dublan por ejemplo, que es un hombre reflexivo y prudente, ha de ser siempre buscado y considerado por todos los que gobiernan: en los negocios particulares y en su profesion de abogado, quizá no llegará á aconsejar á un cliente una operacion atrevida y peligrosa, en la que duplique repentinamente su capital; pero sí es seguro que en negocio público ó privado que á él se le consulte, examinará todas las dificultades, descubrirá todos los peligros, pesará cuidadosamente las probabili-

dades del éxito, y dará una opinion que se pueda seguir con tranquilidad.

Roa Bárcena tiene esta prudencia, y es seguro que como escritor público, pocas veces habrá tenido que arrepentirse de haber dado á luz un artículo ó un libro que pueda producirle una situacion comprometida por su contradiccion con las ideas que profesa, ó con las que otra vez ha manifestado.

La modestia no es tan escasa como la prudencia entre nosotros, aunque hay que distinguir la modestia de la timidez, que hay muchos que son tímidos sin que por esto pueda llamárseles modestos.

Algo se viciaron en materia de modestia nuestros poetas, sobre todo los de la generacion de Roa Bárcena, por la presencia de Zorrilla en nuestra capital, y por el entusiasmo que causaba á nuestros poetas de entónces las lecturas del vate español: aquel «yo» tan constante en Zorrilla, aquel proclamarse tan desembozadamente el cantor de Dios y de la religion católica, aquel llamarse siempre y muchas veces, sin venir al caso, «vate, bardo, trovador, poeta,» tenia que viciar á los inexpertos que escuchaban como un oráculo á Zorrilla cuando decia:

Dios me dió un corazon franco y sincero
Lleno de juventud y poesía,
De fe raudal, de inspiracion venero,
Con un acento varonil y entero
Para cantar su gloria y la fe mia.

Cristiano y español, con fe y sin miedo,
Canto mi religion, mi patria canto.

Genios que del Pisuerga en la ribera,
Al rumor soñoliento de las olas
A oír llegásteis mi canción primera,
Tejed para mi negra cabellera
Fresca diadema de tempranas violas.

Y os dejé cuando débil y atrevido
El premio á disputar entré en la lucha;
Oyeme, dije al mundo, y el oído
Prestando el mundo, mi canción escucha.

Yo soy el trovador que vaga errante;
Si acaso vuestros son estos linderos,
No me dejéis pasar, mandad que cante.

Yo tengo en el arpa
Que guía mi canto,
El lánguido encanto
Del ruido del mar;
Las íntimas notas
Que arrancan el llanto,
Las que hacen á un tiempo
Gemir y llorar.

Por doquiera que voy va Dios conmigo.

Esto, exaltando la humana propensión de alabar lo propio y hacer gala de las personales cualidades, dió por resultado que amenguando la modestia, las alabanzas propias, ó cuando ménos el empeño de hablar de sí mis-

mo, enturbiaron composiciones dignas de mejor giro y volvieron poco simpáticos para el público, á poetas dotados de brillantes cualidades: pero hay artículos y poesías en que verdaderamente se descubre un principio de megalomanía que hace dudar al lector si aquello debe tomarlo en serio ó como una broma, ó si el autor estaba sano ó enfermo del cerebro.

Realmente hay producciones de esas en que involuntariamente viene á nuestra memoria aquel mal soneto de Don Belianis de Grecia á Don Quijote de la Mancha, que el inmortal Cervantes pone despues de su prólogo:

Rompí, corté, abollé y dije y hice;
Más que en el orbe, caballero andante,
Fuí diestro, fuí valiente, fuí arrogante;
Mil agravios vengué, dos mil deshice.
Hazañas dí á la fama que eternice;
Fuí comedido y regalado amante;
Fué enano para mí todo gigante,
Y al duelo en cualquier parte satisface.
Tuve á mis piés postrada la fortuna;
Y trajo del copete mi cordura
A la calva ocasion al estricote.
Mas aunque sobre el cuerno de la luna
Siempre se vió encumbrada mi ventura,
Tus proezas envidio, ¡oh gran Quijote!

Roa Bárcena, como dicho llevo, no padece tal enfermedad; si por desgracia tiene sus rasgos de soberbia, que no lo creo, allá se los guarda solo y nunca pretende que el público le haga coro cuando canta sus propias alabanzas;

y esto es lo bastante, sin que pretendamos juzgar el misterio de sus pensamientos secretos, para poder decir que sus buenas cualidades como literato, se realzan y se extremen cubiertas con el manto de la modestia.

Roa Bárcena, como Juan Arias, no estudió en colegio alguno; lo que sabe lo debe á sus propios esfuerzos y á su inteligencia: ha colaborado en los periódicos de más nota del partido conservador, como «El Universal,» «La Unidad Católica» y «El Cronista;» ha sido redactor en jefe de «La Sociedad,» y ha publicado varios tratados que sirven de texto en muchas escuelas, como el de «Geografía Universal» y el de «Historia de México,» biografías, novelas, leyendas, y sobre todo, trabajos históricos de que ya he hecho mencion.

Está aún en buena edad; puede hacer mucho todavía, y ojalá que no le embargue todo su tiempo el *auri sacra fames*.

